

B1C02 – El Veredicto de la Luz

El cielo sobre Zaphor'el no ardía; se hacía añicos. El tiempo era un espejo roto aquí, y sus fragmentos flotaban como islas glaciales en un mar de crepúsculo violeta. Sobre sus superficies reflectantes, los ejércitos chocaban con sus propios fantasmas. Los ángeles veían futuros donde sus alas eran sudarios andrajosos, y los demonios revivían el aguijón de derrotas pasadas y justas. Era un campo de batalla diseñado no para matar el cuerpo, sino para agotar el alma.

Uriel, Arcángel del Fuego Celestial, sentía el agotamiento como un sudario de ceniza húmeda. Su alabarda, *Ignis Lux*, trazaba arcos de llama purificadora a través de la chusma demoníaca, pero por cada criatura que inmolaba, otra surgía de la neblina temporal. Su legión, la vanguardia de la Llama Purificadora, estaba acorralada contra un continente flotante de obsidiana fracturada. Su luz, usualmente un faro de furia desafiante, se estaba extinguiendo.

—¡Mantened la línea! —rugió, su voz un trueno que momentáneamente estabilizó un escuadrón vacilante—. ¡No miréis el cristal! ¡Miente!

Pero las mentiras eran potentes. Foras, Comandante de la Plaga Espiritual de Belial, era un maestro de este terreno. No necesitaba luchar con garra y colmillo. Empuñaba la memoria como un arma. A través de los espejos, sus susurros se deslizaban en las mentes de la hueste de Uriel, mostrándoles imágenes del trono vacío de Michael, de la voz vacilante de Gabriel, de una guerra sin fin. La esperanza era la verdadera víctima aquí.

Kushiel, su corpulento comandante, estrelló su martillo *Ruinor* contra una bestia que cargaba, el impacto creando una implosión localizada que engulló a tres demonios más. —¡Están quebrando nuestra moral, Señor Uriel! ¡Luchamos contra la desesperación, no contra la carne!

Uriel apretó los dientes, sus ojos ardiendo como brasas gemelas. Odiaba esto. Era una criatura de confrontación directa, de fuego abrumador y juicio veloz. Esta lenta e insidiosa erosión de la voluntad se sentía como ser ahogado en veneno. Michael había estado ausente por lo que pareció una eternidad, persiguiendo un susurro en el desierto mientras sus soldados se ahogaban en la duda. El pensamiento era una traición, y se odiaba a sí mismo por ello, pero era cierto. Estaban desangrando la fe, y la fe era la base de su existencia.

Una oleada de demonios de las sombras, sus formas indistintas y vacilantes, se abalanzó hacia su posición. Uriel alzó su alabarda, preparándose para desatar un torrente de fuego que le costaría caro, un resplandor final y desafiante antes de ser abrumados.

Fue entonces cuando el cielo fue rasgado de nuevo.

No por magia demoníaca o fractura temporal, sino por una línea de luz pura e inalterada. Era una lanza del amanecer lanzada a través del lienzo crepuscular de Zaphor'el, originándose desde un punto más allá del horizonte. Cortó a través del miasma de la desesperación, destrozando los espejos mentirosos no con fuerza, sino con una verdad simple e irrefutable. Los susurros de Foras fueron silenciados, reemplazados por un zumbido resonante que vibraba en el mismísimo núcleo de cada ángel presente.

Al final de ese sendero de luz se alzaba Michael.

Ya no era el comandante cansado que los había dejado. El vacío en su pecho, la herida de propósito que lo había atormentado, seguía allí, pero ahora, una estrella resplandecía en su interior; un nexo de poder que irradiaba desde la espada en su mano. *Solmire*. No era meramente un arma; era un credo viviente. Su luz brotaba de él, sellando las grietas en su armadura dorada, reparando la fatiga en sus alas e encendiendo las ascuas de esperanza en su ejército hasta convertirlas en una hoguera rugiente.

Sus ojos, antes ensombrecidos por el peso de las eras, ahora contenían el fuego de un sol recién nacido. Dio un solo paso sobre el campo de batalla de obsidiana, y el suelo bajo sus pies fue consagrado, la mancha demoníaca retrocediendo como si fuera una plaga sagrada.

—Uriel —resonó la voz de Michael, no con un grito, sino con la calma autoridad de una montaña—. Tu fuego ha mantenido a raya la oscuridad. Ahora, deja que la luz dicte sentencia.

Uriel solo pudo mirar fijamente, con la respiración atrapada en la garganta. Este no era solo su comandante de regreso. Esta era su fe hecha manifiesta.

Foras, observando desde un alto precipicio de cristal dentado, sintió un temblor de algo que no había experimentado en milenios: miedo. Las ilusiones que había tejido con tanto cuidado se estaban deshilachando como hilo barato. La desesperación que había sembrado estaba siendo consumida por una luz que se sentía imposiblemente antigua.

—¿Qué es esa arma? —siseó a su lugarteniente, su compostura habitual fracturada—. Ninguna forja celestial creó tal cosa.

Michael no esperó a que los demonios se reagruparan. Se movió, y su movimiento fue un verso en un himno de aniquilación. Blandió *Solmire*, no con la fuerza bruta de Camael o la furia ardiente de Uriel, sino con la serena precisión de una verdad final y absoluta.

La hoja no se limitaba a cortar.

Por donde pasaba, una ola de juicio incandescente seguía. Golpeó a un demonio corpulento de cuatro brazos, y la criatura no gritó ni sangró. Simplemente se miró a sí misma con asombro incrédulo mientras su forma se convertía en ceniza santificada, su esencia infernal consumida. Un tenue y puro tintineo resonó mientras desaparecía. Esto no era mera destrucción. Era un veredicto.

Michael barrió la espada en un amplio arco horizontal. Una media luna de luz se disparó, cubriendo una densa falange de tropas de choque demoníacas. No cayeron; fueron purificados, sus formas disolviéndose en polvo brillante. El aire, denso con azufre y odio, se volvió limpio y fresco, aunque el plano mismo permaneció cicatrizado. La batalla ya no era una lucha; era una purificación.

Uriel observaba, su furia reemplazada por un asombro tan profundo que rozaba el terror. Había empuñado las llamas purificadoras del Cielo toda su existencia, pero esto era otra cosa. Su fuego consumía el pecado. La luz de Michael parecía consumir el mismísimo *concepto* de lo demoníaco, dejando solo la ausencia. Era la diferencia entre la pluma de un censor y un pasaje tachado de un borrador olvidado.

—Por el Trono... —susurró Kushiell, su martillo colgando inerte en su mano—. Él lleva el amanecer.

Michael avanzó, una figura solitaria cambiando el rumbo de miles. Cada golpe de *Solmire* era una sentencia. Cada paso, una recuperación. Los demonios, que habían luchado sin miedo contra el fuego celestial y el acero justo, ahora se dispersaron y huyeron. No temían morir; temían ser deshechos, que sus propias identidades fueran juzgadas y halladas deficientes.

Foras, desde su atalaya, finalmente dio la orden, su voz teñida de una incredulidad venenosa. —¡Retirada! ¡Volved al Nexus! ¡Ahora!

La legión demoníaca se disolvió en las líneas temporales fracturadas, su retirada disciplinada una caótica estampida por la supervivencia. En cuestión de momentos, el campo de batalla quedó en silencio, salvo por el suave zumbido de *Solmire* y el susurro del viento a través de las llanuras recién santificadas de Zaphor'el.

En el Abismo de Varkhannar, los gritos caían hacia arriba como ceniza. La ciudadela vertical de Belial era un monumento al orgullo, sus muros acanalados con tronos tallados de los pecados petrificados de eones. En su nadir, en una cámara donde la gravedad era una sugerencia y el silencio un peso físico, Lucifer observaba los eventos en Zaphor'el. No observaba a través de un espejo de adivinación, sino a través de un estanque de almas fundidas, sus visiones atormentadoras proporcionando una imagen mucho más clara de la realidad.

Vio el sendero de luz. Vio la espada. Vio los veredictos.

Un destello de curiosidad intelectual, frío y agudo, cruzó sus facciones. Se inclinó hacia adelante, su rostro impecable iluminado por la luz arremolinada del estanque de almas. Había sentido el despertar del arma, un temblor a través de los planos, pero verla empuñada era otra cuestión completamente distinta. Este no era el poder ordenado y predecible de la hueste celestial contra la que se había rebelado. Esto era algo más salvaje, más antiguo.

—Un eco —murmuró al silencio opresivo, su voz suave como obsidiana pulida—. De una era que creía extinta. Qué interesante. No estaba enojado. Era un gran maestro que acababa de ver a su oponente colocar una pieza desconocida e imposible sobre el tablero. El juego acababa de volverse infinitamente más complejo.

La misma visión se desarrollaba en una terraza superior de la ciudadela, reflejada en un espejo de obsidiana pulida y gritona. Belial, Señor del Orgullo, observaba con una furia que contrastaba marcadamente con la fascinación desapegada de su soberano. Sus nudillos estaban blancos donde aferraba los brazos de su trono. Su armadura negra viviente parecía retorcerse, los tatuajes brillantes en su piel pulsando con rabia.

Había orquestado la campaña en Zaphor'el personalmente. Foras era su criatura, su herramienta para quebrar el espíritu del arcángel más volátil del Cielo. Había sido una obra maestra de guerra psicológica, una victoria lenta y exquisita. Y había sido deshecha en cuestión de momentos por una sola hoja.

No era la derrota lo que le irritaba. Era la *manera* en que ocurrió. La superioridad sin esfuerzo. El poder absoluto y arrogante que Michael ahora empuñaba. Era una afrenta personal a todo lo que Belial encarnaba. El poder era el único lenguaje verdadero, y Michael de repente lo hablaba con una fluidez que empequeñecía la suya.

Una onda de choque del veredicto final de *Solmire* se propagó por el Abismo, una nota pura que hizo vibrar las mismísimas piedras de su fortaleza con una frecuencia alienígena. Era un sonido que se burlaba de él.

—No —gruñó Belial, levantándose de su trono. El aire a su alrededor crepitaba con poder y orgullo herido—. Ningún ángel posee tal derecho. Ese poder es una blasfemia contra la naturaleza misma de nuestro conflicto. Es un desequilibrio.

No solo lo contrarrestaría. No solo lo igualaría. Encontraría un poder que pudiera enfrentarse a esa luz y engullirla por completo. Encontraría un arma que pronunciara una verdad tan dolorosa que podría destrozar incluso una estrella. Recorrería las bóvedas más antiguas, profanaría las tumbas más prohibidas y negociaría con entidades que incluso Lucifer temía nombrar. Encontraría una

respuesta a *Solmire*, y con ella, no solo mataría a Michael. Quebraría su espíritu, su fe y la luz arrogante que ahora brillaba de su pecho.

Su búsqueda había comenzado.

De vuelta en las ahora tranquilas llanuras de Zaphor'el, el silencio era un bálsamo. Los espejos temporales, ahora purificados, reflejaban solo el sereno cielo violeta. Uriel se acercó a Michael, su habitual bravuconería ardiente humillada. Se arrodilló, apoyando su frente en la empuñadura de su alabarda.

—Señor Michael —dijo, su voz densa de reverencia—. Perdonad mi duda. Mi legión y mi vida están a vuestro mando.

Michael lo miró, su expresión indescifrable. Puso una mano en el hombro de Uriel. —Levántate, hermano. Tu fuego contuvo la noche el tiempo suficiente para que llegara el amanecer. No hay nada que perdonar.

Mientras Uriel y sus comandantes comenzaban la tarea de atender a los heridos y asegurar el plano, Michael permaneció solo por un momento, contemplando la espada en su mano. El poder que vibraba en su interior se sentía... correcto. Era una extensión perfecta y armoniosa de su voluntad, la respuesta al vacío que lo había atormentado durante tanto tiempo.

Y sin embargo.

Por un segundo fugaz, mientras la luz de la hoja se atenuaba hasta un suave resplandor, lo escuchó de nuevo. Débil, casi imperceptible, pero innegablemente allí. Un susurro de risa caótica e incontenible que resonaba desde el núcleo del acero. No era divino. No era un himno ni un coro de alabanza celestial. Era un sonido de alegría pura e inalterada, alienígena e inquietante.

La sensación se desvaneció tan rápido como llegó, reemplazada por el zumbido constante y tranquilizador del poder justo. Lo descartó como un eco de la batalla, un fantasma del plano corrompido.

Miró su armadura. La pequeña gota de savia cristalizada, similar al ámbar, aún se aferraba a su peto, brillando con una luz suave e interna. Mientras observaba, parecía pulsar al ritmo de su propio corazón, y un nombre que no conocía, un sonido sin vocales ni consonantes, se susurró a sí mismo al borde de su audición.

Sacudió la cabeza, apartando las sensaciones inquietantes. La guerra no había terminado. Esta era solo una victoria. Con *Solmire* en su mano, finalmente tenía los medios para terminarla. Eso era todo lo que importaba.

Volvió su mirada hacia los cielos, su expresión de férrea resolución. Pero en lo profundo de su ser, bajo el propósito ardiente y la luz divina, una semilla de

inquietud había sido plantada. La espada había respondido a su llamada, pero empezaba a comprender que cantaba una canción cuyas letras aún no conocía.